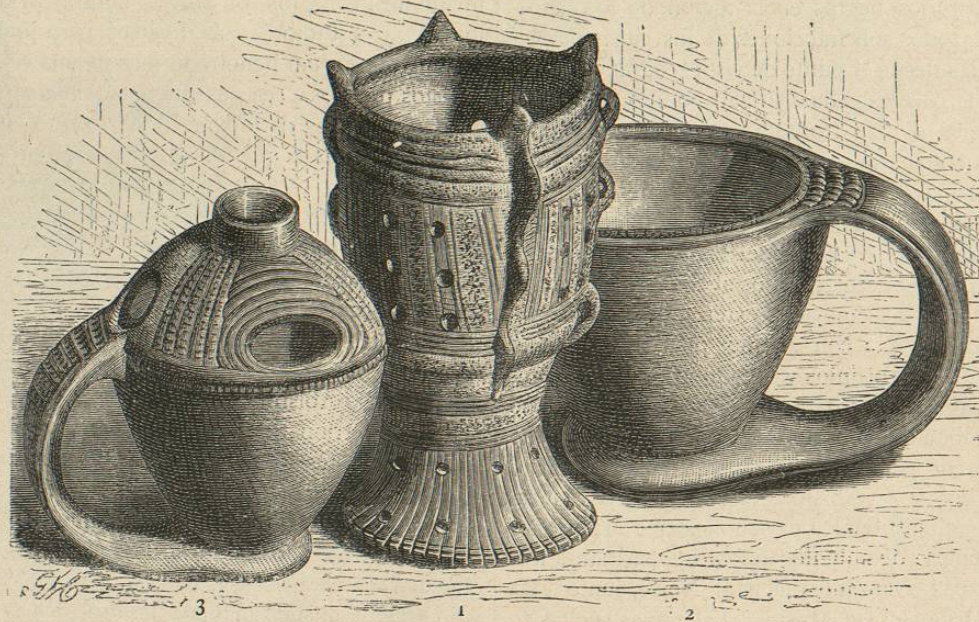


La pieza principal del traje es una especie de toga consistente en un trozo de tela de algodón ó de pelo de camello ó de cabra de 4 varas de ancho por 8 de largo, con la que los hombres se envuelven de mil maneras, aunque más á menudo de modo que la parte superior del cuerpo y las piernas queden al descubierto. Debajo de esta toga se suele llevar un paño de algodón que desde la cintura descende hasta las piernas: las mujeres lo llevan como vestido que les cubre desde las nalgas hasta las rodillas. Las mujeres de los gallas pastores usan en vez de este ropaje un vestido de cuero que cuelga de sus caderas ó bien un delantal de cuero debajo de aquella toga. Los hombres y las mujeres cubren su pecho con un paño atado sobre el hombro iz-



Vasijas de los somalís. — 1 Puchero para ser puesto al fuego. — 2 Puchero con asa. — 3 Vasija cerrada para los fomentos de las mujeres (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño

hombres gallas mahometanos cuando van á la guerra se afeitan por completo la cabeza para que ningún enemigo pueda cortársela agarrándoles por los cabellos. Los pobres se visten con pieles de animales, de suerte que los mendigos se distinguen porque llevan una piel de cabra curtida sobre las espaldas. El cuerpo y, por lo menos entre los gallas pastores, el traje se lo untan con grasa de carnero, lo cual, gracias á la falta de limpieza, da lugar á emanaciones insoportables que no consiguen contrarrestar los sahumerios de incienso á que se someten.

Los gallas del interior usan á menudo como adorno un brazalete de marfil que se ponen en el antebrazo derecho: en el propio brazo llevan gran número de anillos de latón y de hierro. En la costa está muy extendida la plata, que es allí el metal predilecto. Los adornos de las orejas consisten en grandes anillos, rosetas y cadenas de plata: además llevan en los dedos, en la muñeca y en el antebrazo, pero nunca en las piernas ni en la nariz, anillos ó broches de plata (véanse los grabados de las págs. 267 y 268). En esto se descubre indudablemente la influencia india. Las mujeres gallas del interior llevan á menudo todo el antebrazo envuelto en un alambre arrollado en espiral, tal como les gusta á las negras. También son adornos usuales una sarta de cuentas de distintos colores y amuletos de plata alrededor del cuello. Los somalís, mahometanos fanáticos, llevan en el cuello, pendiente de una correa de cuero y entre dos cuentas de ámbar amarillo, un versículo del Alkorán metido en una bolsita de cuero. El hombre no va nunca sin armas: éstas

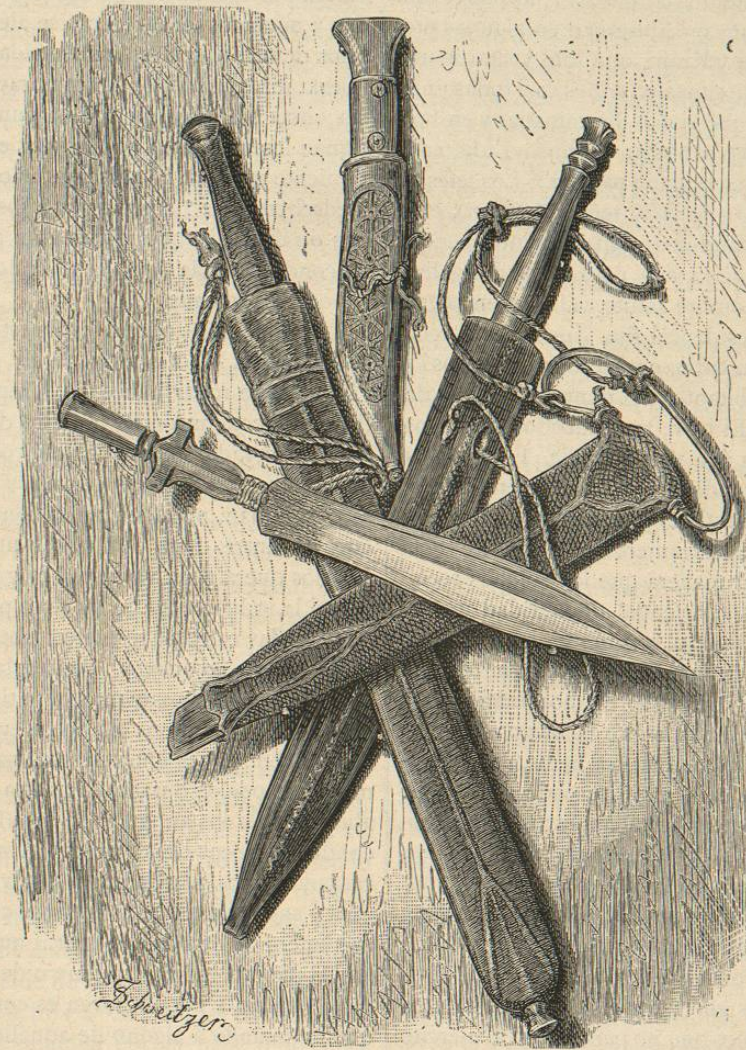
quierdo. La cabeza va siempre descubierta, pero hay excepciones; así por ejemplo los individuos de la tribu de los wodados llevan turbante y el *takkie* y las mujeres somalís casadas cubren sus cabezas con turbantes azules. Los hombres somalís se untan el cabello con unas gachas de cal que le da un color amarillo rojo. Los peinados artísticos tales como los describen Wakefield hablando de los gallas y Fischer de los masais, han sido, al parecer, copiados de los negros. Las mujeres del interior se dejan crecer los cabellos en desorden; las de los somalís los trenzan formando pequeñas coletas mientras permanecen solteras y se los tapan después de casadas; las de los masais se lo afeitan y lo propio hacen con el vello del cuerpo. Los

son muchas y muy variadas, gracias al contacto en que los somalís están con los árabes. Cada individuo lleva en el costado derecho un gran puñal, en el hombro izquierdo dos lanzas de 2 metros de largo con anchas hojas en forma de remos, y en el brazo el escudo redondo de piel de rinoceronte ó de búfalo (véanse los grabados de las págs. 272, 277 y 280). Los guerreros masais llevan escudos ovalados muy parecidos á los de los zults, pintados con colores muy vivos (véase el grabado de la pág. 274). Entre esas tribus escasean los fusiles. El arco y las flechas sirven de juego á los niños ó se dan á las tribus sojuzgadas para que se dediquen á la caza. En el cinturón llevan clavados el puñal y la maza arrojadiza. Ricardo Brenner observó que entre los gallas del Sud abundaban los anillos de lucha provistos de aceradas puntas de media pulgada de largo: algunos naturales tenían el pecho cubierto de cicatrices de las heridas que con estos anillos se causan luchando ó bailando las danzas guerreras.

Los gallas de la frontera de Abisinia y los somalís de las ciudades de la costa se dedican con tanta actividad como habilidad á las faenas de la agricultura y de la ganadería y á la fabricación de armas y adornos. Los gallas de Enarea están por encima de los schoaners y aun de los abisinios del Sud en punto al celo con que cuidan sus plantaciones de café y á la habilidad con que fabrican armas artísticas, tales como puñales con incrustaciones de marfil y de plata. También es indígena entre los gallas y los somalís el arte genuinamente africano de los trenzados espesos que produce,

por ejemplo, las vasijas de viaje para poner leche ó agua. Asimismo se dedican á la escultura y en este punto los juicios emitidos por los antiguos exploradores, como Salt y Beke, están confirmados por los italianos que como Caprotti han visitado en estos últimos años ese país. En cambio las tribus nómadas puras no fabrican casi ningún utensilio, sino que los obtienen de las tribus negras á cambio de productos de la ganadería, y son además tan apegadas á lo antiguo que los masais, por ejemplo, siguen vistiéndose solamente

con pieles curtidas, á pesar de que hace muchos años que las caravanas llevan á su país toda clase de géneros de la costa. Isemberg dice de los gallas en general: «La ganadería ha alcanzado entre ellos mayor perfección que entre los abisinios.» También entre los somalís, que son casi nómadas, hay algunos grupos agrícolas, y así por ejemplo el añil es uno de los géneros de exportación de Bender Maraya, al paso que el cultivo de los cereales es allí poco menos que nulo. El comercio que se hace en las costas septentrionales



Espadas de los wandaramas y de los wassequas (Museo etnográfico, Munich) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño

del país somalí es de cierta importancia. En tiempo de Miles (1871), seis buglas pertenecientes á los comerciantes indígenas hacían la travesía desde allí á Bombay. La exportación la componen la goma, el incienso, el añil, los frutos de la palmera dama y las esteras, encontrándose el comercio en manos de los árabes y en parte en las de los indios. Los gallas del Sud, los masais y los wakuafis son las tribus más genuinamente nómadas y casi sólo se alimentan de animales: no comen la carne cruda, pero en cambio beben sangre caliente (especialmente en la celebración de la fiesta del plenilunio) ó sangre mezclada con leche. La preparación de la manteca es desconocida en ese país. La riqueza de rebaños es considerable, de suerte que en algunas tribus pueden calcularse de 7 á 8 bueyes por cabeza. Para cabalgar se emplean los bueyes ensillados y guiados por medio de un anillo que llevan clavado en la nariz: también se usan los caballos que abundan en el Norte y van disminuyendo hacia el Sud, pero nunca los camellos, á pesar de que éstos aparecen hasta en Sabaki. De las caravanas que recorren el camino de Pangani forman siempre parte los asnos.

Las ciudades participan del carácter inconstante de todo el pueblo. Bender Maraya (ó Miraya), principal fortaleza de los somalís medschertins, tiene, en la época de calma, en sus 200 casas de 6 á 700 habitantes, número que se duplica en los períodos de tráfico, durante los cuales se reúnen allí las *kylas* del interior cargadas de goma y de otros productos y los comerciantes árabes de las costas arábigas. Según que la vida es nómada ó sedentaria, así resulta la mayor ó menor densidad de la población; Brenner calcula que la de los gallas del Sud apenas se eleva á 20,000 almas, al paso que la de los gallas boranis que viven debajo de la línea alcanza la cifra de 150,000. La cifra de 7 á 8 millones consignada por Krapf es seguramente exagerada. Según Fischer, el afán de emigrar que domina á los masais es extraordinario y no está justificado por ninguna circunstancia externa, pues la abundancia de aguas y la fertilidad son siempre las mismas, á pesar de lo cual mientras una parte del país está, sin motivo alguno, deshabitado, otra tiene un exceso de población. Sus cabañas, construídas con ramas arqueadas y con pieles y rebozadas con excrementos de vaca, son poco sólidas y se

levantan siempre en el circuito que contiene los rebaños.

Las instituciones políticas y sociales son notables y extrañas por más de un concepto. A pesar de las grandes diferencias que hay en punto á propiedad, no existen allí esclavos ni clase alguna de siervos propiamente dichos. Estos últimos sólo están representados por determinados elementos de condición ínfima y distintos desde el punto de vista nacional. En las tribus septentrionales especialmente, que en este y en otros puntos sienten la influencia de los abisinios, encontramos la soberanía hereditaria, pero no un poder centralizado como el que vemos en Abisinia ó en algunas provincias abisinias. Isemberg y Krapf, que sólo visitaron una parte del país, encontraron «unas 50 tribus casi todas independientes unas de otras, que vivían diseminadas y en hostilidad recíproca, pero que hablaban el mismo idioma y tenían en su origen la misma religión pagana.» Los jefes de estas tribus, llamados *hein* (*heitsch*, según Kersten), eran elegidos: este gobierno de caudillos temporalmente elegidos es un rasgo característico de la vida política de los gallas. El caudillo ha de ser un hombre astuto, valiente en la guerra y elocuente; no tiene residencia fija, sino que va recorriendo los territorios de su tribu, enterándose de todos los principales asuntos: los habitantes del punto en que se detiene han de mantenerle. El *hein*, transcurridos diez años, deja el gobierno y se retira á la vida privada. Este jefe es, como fácilmente se comprenderá, el único comerciante de su tribu y ninguno de sus súbditos puede entablar negociaciones directamente con los extranjeros: es además el *hein* el mayor propietario, de tal manera que los somalis recordaron á Revoil nuestro Estado feudal de la Edad media. Esta soberanía está limitada por el consejo de los *Aba Woratis*, es decir de los padres de familia. Krapf encontró entre los gallas de Wakaungu un gobierno extraordinariamente complicado pero que descansaba sobre la misma base, es decir una división en siete tribus con dos *heins*, uno «grande» y otro «pequeño» que eran elegidos cada siete años. A las órdenes de estos dos *heins* estaban otros dos caudillos, llamados *moras*, de los cuales el uno ejecutaba los mandatos del «gran» *hein* y el otro los del «pequeño», y junto á ellos había un orador público, *laskari*, para las asambleas populares, en las cuales ningún caudillo usaba de la palabra. En todos estos pueblos se observa una tendencia á la división en castas. Por esto los guerreros masais se dividen en cuatro clases y los individuos que no pertenecen al ejército en tres: cada una de ellas tiene su orador. Revoil es el único que supo ver una separación marcada y una distribución de la propiedad inmueble aun en las comarcas montañosas del país somali que produce el incienso, y esta separación llegaba hasta el punto de ser castigado el que recogía resina aromática en terreno ajeno. También afirma el propio autor que todos los somalis pagan una contribución territorial al sultán y que los extranjeros han de satisfacer un impuesto personal que lleva el nombre de *aschur*.

Dos tribus mahometanas del pueblo de los somalis (es decir las que Isemberg denomina de los isas ó septentrional y de los gudobursis ó central) están gobernadas por reyes, que llevan el nombre de *ugas* (recuerda este nombre el negus de los abisinios?) y que á manera de corona ciñen un casco de cuero amarillo radiatiforme y puntiagudo en su centro, provisto en su punta de un botón de oro y de una trenza y rodeado por un turbante: además, llevan una capa roja. Su autoridad no corresponde, sin embargo, á su magnificencia externa. «El *ugas* Farech — dice Isemberg — se refa á menudo cuando se hablaba de que tenía que dar alguna orden á sus gentes y decía: «Las gentes sólo me siguen y me son adictas para que les dé de comer y las vista.» Pro-

bablemente estos reyes están en cierta relación, aunque puramente formal, de dependencia respecto del emir de Karar. De la misma manera que los somalis *medschertins*, la tribu mejor conocida y más poblada, aunque la más incivilizada de los somalis, tienen éstos un jefe común, *hoghor*, que sólo ejerce, al parecer, una soberanía teórica, pues no hay menos de 30 tribus secundarias, cada una de ellas con su caudillo especial, aparte de que los habitantes de las aldeas de la costa que, como ladrones de playa no reconocen casi autoridad alguna, y los pueblos seminómadas y nómadas enteramente se alejan á grandes distancias unos de otros, según la diversidad de su género de vida. A esta inseguridad de la organización política son debidas las cifras tan distintas que en punto á tribus somalis consiguan los viajeros: Guillain, por ejemplo, las divide de la siguiente manera: 1.º *adschis*, á los cuales pertenecen los *medschertins*; 2.º *hanwias*, con los *abgals*; y 3.º *ramis*, *ranus* ó *rahanwins* que representan probablemente una tribu de condición más baja. Revoil calcula en 108,000 el número total de somalis.

Las principales funciones de estos soberanos ó caudillos se reducen á la dirección de las guerras, cuyo objeto es casi siempre robar bueyes, á la repartición del botín robado, y á la conclusión de tratados de paz. En las tribus que han conservado su carácter belicoso, la población se divide en guerreros y en no guerreros: los primeros no se casan, ni fuman, ni beben aguardiente. En los masais, se encuentra entre estas dos clases una clase intermedia de casados que alguna vez van á la guerra. La poca afición á ésta ó la indiferencia de los ricos por adquirir nuevos rebaños, son las causas que suelen motivar el ingreso en la clase de los no guerreros. Por regla general, los gallas se baten bien y valerosamente, pero tienen un miedo supersticioso hacia las armas de fuego y emprenden la fuga en cuanto ven que algunos de los suyos sucumben. Todo enemigo que perece durante la guerra es mutilado (costumbre abisinia y de los antiguos egipcios): sus crueles adversarios conducen trozos de su cuerpo, á manera de trofeos, á sus casas y allí los guardan para hacer adornos que ellos mismos y sus mujeres se cuelgan del cuello. En algunas tribus el número de argollas de marfil que cada individuo lleva en las piernas indica el número de enemigos á quienes ha dado muerte, y ningún joven es considerado hombre hasta que ha matado á alguno de aquéllos.

La caza es una de las ocupaciones favoritas de los gallas, pueblo cazador tan atrevido como hábil. El arma de que se valen para cazar es la lanza, á menudo envenenada para que el animal herido muera en seguida. Los gallas del Norte casi siempre cazan á caballo.

La administración de justicia es entre los gallas sencilla y cruel, como entre todos los pueblos ladrones y pastores. El asesino es entregado á los parientes del interfecto que pueden hacer de él lo que quieran: si la víctima no tiene pariente alguno, el criminal es entregado al rey que le hace dar muerte con la misma arma con que él ha matado. El ladrón cogido *in fraganti* ha de pagar el doble de lo que vale el objeto robado, pero si solo ha robado para aplacar su hambre, se le absuelve libremente. El ladrón cogido *in fraganti* en el mercado público, se ve rodeado de la muchedumbre, que le arrebata las vestiduras arrojándolas al fuego, después de lo cual unos cuantos hombres lo pasean por la plaza excitando á la gente á que descargue sobre el preso golpes y latigazos. Cuando los gallas han de prestar un juramento cavan un hoyo, clavan en él una lanza y exclaman: «¡Si juramos en falso que se nos arroje á esta fosa!» Otras veces, el que jura ha de pu-

rificar con las hojas de cierta planta el establo de sus bueyes y decir: «De la misma manera que yo aparto estos excrementos, purifique (es decir destruya) Waka ni nombre y mi casa si digo mentira». La pequeña tribu de los *abedschus* (que no debe ser confundida con la gran tribu de los *abedschus*) ha quedado arruinada, en sentir de los gallas, porque el padre había jurado en falso (Krapf). El parentesco de consanguinidad se considera sagrado.

La condición de la mujer no es una condición de inferioridad. La costumbre de tener á las muchachas aisladas de los hombres puede muy bien deberse á la influencia mahometana. No deja de ser extraño que nada se diga acerca de la compra de la mujer. Cuando se casa un galla, la mujer recibe una dote de su padre y si luego se separa de su marido éste retiene la dote, costumbre enteramente contraria á la que encontramos en casi todos los africanos. El *abadula* ó presidente de la aldea sanciona los matrimonios. A la muerte del padre surge una especie de derecho de levirato, pues el hermano del muerto ha de casarse con la viuda. La poligamia es frecuente entre los ricos.

Las relaciones sociales de los gallas están complicadas de una manera especial por ciertos grupos de elementos extranjeros mezclados entre sí y mezclados también muy íntimamente con ellos. Bajo el nombre genérico de *achdames* aparecen aquí nuevamente las tribus sometidas, semidespreciadas semitemidas, que en todas partes demuestran el origen múltiple de esos pueblos. A pesar de que viven con los somalis y de que les sirven y pagan tributos, tienen leyes, ocupaciones y costumbres distintas. Solamente es de lamentar que casi nunca podamos contestar á la pregunta tan natural de si estas tribus parias se diferencian también de sus señores desde el punto de vista corporal: sin embargo, desde el momento en que los observadores nada decisivo nos dicen acerca de este particular, puede asegurarse que las diferencias no deben ser muy importantes. De los *achdames* los más respetables son los *tumalods*, mezcla étnica de todas las tribus del país y de los esclavos de los países vecinos, que tienen el carácter de gremio, pudiendo afirmarse que el gremio es de herreros, y que son tributarios de la tribu en que viven y á cuya jurisdicción están sometidos. Ningún somali libre visita una fragua, ni saluda á un herrero con un apretón de manos, ni se casa con mujer de esta tribu, ni da su hija á un hombre de la misma. Los *tumalods* están diseminados por el país, todos ellos son herreros, no existiendo ejemplo de que ninguno haya abandonado esta profesión. De más baja condición y más pobres son los *ramis*, cazadores de los somalis á quienes, sin embargo, no es concedido cazar á caballo como éstos, y que en la guerra sirven de mercenarios. Con su arco de madera de *nabak*, cuya cuerda consiste en un tendón de camello, arrojan largas y ligeras flechas de envenenada punta. Por último los verdaderos bohemios del país somali son los *yibers*, probablemente inmigrados de Arabia, cuyas familias andan mendigando de lugar en lugar, y que no pueden entrar en una casa ni en un cercado de los somalis ni tocar un objeto á éstos perteneciente: por lo demás se aprecia su arte curativo, son contempladas con gusto sus gesticulaciones y sus danzas y no se les niega comida ni bebida. Entre los masais, los *wakuafis* sojuzgados desempeñan el papel de siervos y tienen á su cargo la custodia de los rebaños de sus amos.

Nuestra mirada no puede penetrar muy profundamente en la existencia de estos pueblos y en la accidentada trabazón de sus relaciones; de aquí que éstas no sean para nosotros fácilmente comprensibles. Nos inclinamos á darles como fundamento una causa primitiva que buscamos ora

en las cualidades naturales de estos pueblos, ora en las costumbres ó en cualesquiera otras causas originarias; y sin embargo el fenómeno de que un pueblo africano sometido á otro degenera notablemente se realiza con mayor facilidad de la que estamos acostumbrados á imaginarnos. Podemos, dentro de este orden de ideas, citar el siguiente pasaje de las memorias de Ricardo Brenner relativo al estado de los países gallas meridionales durante los años 1867 y 1868: «Los wadoes han abandonado la residencia que hasta ahora habían ocupado frente á Zanzibar y viven actualmente distribuidos en hordas desde los 3º de latitud Sud hasta el ecuador, sometidos á los gallas, á quienes tácitamente reconocen como soberanos.» No sabemos cómo en pocos años surgió este estado de cosas. ¿Coincide con esto el hecho de que por aquel mismo tiempo numerosas hordas de «jinetes gallas» penetraron en el territorio de Tana en donde no eran conocidos, ó es que á unos y á otros les unió la afición común á la libertad, á la caza y al robo, cualidad esta última que hace que los wadoes sean tan temidos como los gallas y los *schoaners* por los mercaderes de Zanzibar? Más tarde se unieron ambos, lo propio que las tribus *wabonis*, al sultán de Zimba, que oponía resistencia á los árabes y á la trata de esclavos.

Acerca del origen de los gallas, de los ormanes, están en boga varias teorías á las cuales es preciso oponer la crítica más severa. Si Wakefield oyó decir hablando de los gallas que descendían de los mismos padres que los *wakuafis* y los *wakambas*, teniendo en cuenta que estos últimos hablan un dialecto *bantú*, habrá que admitir con mucha reserva las supuestas tradiciones de los gallas. Krapf refiere varias de los gallas del Norte: según manifestación del caudillo orma *Tscharra*, á quien este autor conoció personalmente, *Wolab* fué el padre de la tribu de los gallas ó de los *ilmas ormas* (hijos del ó de la Orma) y llegó del otro lado de las grandes aguas, expresión que Krapf aplica al gran río *Godschob*, ó al *Bahr el-Abiad* ó al gran mar interior africano que desde entonces se ha fraccionado dando nacimiento á los lagos fuentes del Nilo y del Congo. Esta tradición permitía pensar, y no en último lugar, en el mar Rojo. De los nueve hijos de *Wolab*, cuyo territorio patrimonial depende hoy del rey de *Schoa*, debieron salir las numerosas tribus ormanas. El mismo Krapf califica esta leyenda galla de «indudablemente deficiente» porque sólo comprende aquellas tribus que *Tscharra* conoce y en cuyo suelo es indígena. Según una segunda relación que un sabio *schoan* le refirió y que luego encontró en un trabajo escrito en *amhari*, *Sara Jakob*, hija del rey de Abisinia que tenía su residencia en la montaña *Endoto* junto al río *Hawasch*, se casó con un esclavo llegado del Sud y tuvo de él siete hijos, los cuales se criaron según las costumbres y hablando el lenguaje de su padre y como él fueron pastores. Con el transcurso de los años fueron famosos ladrones y cazadores y juntaron á su alrededor esclavos fugitivos y otros pícaros, con cuyo auxilio atacaron y conquistaron las provincias más meridionales de Abisinia. Estos bandidos ganaron una importante victoria sobre los abisinios en *Gurague*, cerca del río *Gala*, en donde actualmente viven muchos cristianos. A consecuencia de esta victoria conseguida en las cercanías de dicha corriente, fueron más tarde estas hordas denominadas gallas. Esta última leyenda que refiere también Isemberg es demasiado parecida á las muchas con que un pueblo dado procura explicar mítica y poéticamente su parecido ó parentesco con otro y atribuirse de esta suerte á sí mismo un papel noble que le dé un valor especial.